

tiales, de ella misma y sin esfuerzo. A causa de su inmaculada Concepcion y de la plenitud de su justicia original, Maria hacia naturalmente, por decirlo así, las obras de la gracia. Toda efusion divina encontraba en ella el acceso libre; su alma era al Espiritu Santo lo que una pendiente suave es al viajero que anda. No sucede así para nosotros. Aun despues del Bautismo, que nos levanta y nos ajusta sobrenaturalmente á Dios, lo que subsiste en nosotros de codicias malas nos hace el bien difícil, y casi todos nuestros actos virtuosos son á costa de un esfuerzo. Digámos, por consiguiente, con esfuerzo, si no podemos hacer mejor, pero digamos sincera y habitualmente, digamos con humildad, con confianza, con amor; *Hé aquí la esclava del señor, hagáse segun tu palabra.*

Es tan cierto que Dios es nuestro dueño, y que, por derecho, somos nosotros sus servidores! Que cada cuál se considere: qué hay en nosotros de primitivo y de esencial? Es el ser el hijo de nuestro padre y de nuestra madre? Ciertamente, ellos son nuestros autores, y les debemos la existencia; pero nos han creado? Tampoco se han creado ellos mismos. No han creado ni nuestra alma ni tampoco nuestro cuerpo, aunque, bajo la accion soberana y necesaria de Dios, este cuerpo haya sido formado de su sustancia. Lo que hay, por consiguiente, en nosotros de más original y absolutamente radical, es que nosotros somos la *criatura de Dios*. No lo hemos sido solamente, lo somos todavía y lo seremos siempre. Como mi palabra sensible no existe más que por mi voluntad que la pone en mis labios, del mismo modo nuestro ser no tiene existencia más que la que Dios le dá al querer que subsista. Esta voluntad actual de Dios nos mantiene fuera de la nada, y se puede decir que incesantemente nos saca de ella. Oh! no sabemos hasta donde es cierta esta palabra de Nuestra Señora á Santa Catalina de Sena: « Soy el que soy, y tu eres la que no es. » Por consiguiente, séamos un niño ó un anciano, un príncipe ó un mendigo, un santo ó un pecador, somos siempre y ante todo la *criatura de Dios*. Luego, que es decir, sino su servidor? Quién es dueño como el que crea? Ejercese aquí bajo poderes legítimos fundados en

derechos sacratísimos. Sagrado es el derecho del padre y de la madre, sagrado el del pontífice, sagrado el del príncipe, del jefe del ejército, del magistrado; qué son todos estos derechos al lado de los del Criador? No os hagais ilusion sobre vuestra libertad. Ella es en este mundo el poder de perderos, no es el de escapar. Nadie, que yo sepa, há más élocuentemente dicho esto como un anciano y docto obispo de Lyon, San Euquero, del cuál voy á citaros el hermoso texto: « Los que rehusan, escribe, restituirse á su autor, es qué encuentran por eso el secreto de evitar á su Señor? Adónde huirán estos insensatos que aspiran á sustraerse á Dios? De buen ó mal grado, mientras que su voluntad los retira de las manos de este Señor, el derecho de este Dueño universal los retiene. Están ausentes de él por su deseo; él les permanece presente por su poder; de suerte que, llegados al colmo de la imprudencia y verdaderamente de la locura, errantes y vagabundos como bestias salvajes encerradas en un infranqueable recinto, viven fuera de la consideracion de Dios y en el centro mismo de su imperio<sup>1</sup>. »

Si somos, por tales títulos, los servidores de Dios, confesáldo, pues, sencilla, cordial, alegremente; y á continuacion de nuestra Madre celestial, digámos: *Hé aquí la esclava del señor*, hé aquí el esclavo del Señor. Hubiéramos repetido veinte años la palabra del demonio: *No serviré*<sup>2</sup> (y es por hablar así que se há hecho un demonio) Dios nos lo perdonaria desde que oyéramos salir de nuestro corazon la bendita palabra de la Virgen.

Digámosla pues, óh! criatura de Dios, óh! hijo del Padre celestial, óh! cristianos todos tantos como somos. Digámos: Dueño y soberano Señor mio, yo soy vuestro servidor. Es mi gloria y mi paz la verdad de mi ser, la justicia de mi alma, el orden y la seguridad de mi vida. Pero siendo por derecho vuestro servidor, quiero serlo en efecto: serlo en mis pensamientos, en mis afecciones, en mis actos. Os lo digo para siempre y siempre os lo diré: *Hé aquí á tu esclava*, hé aquí á vuestro esclavo. Cuándo, hablando á la nada,

1. Ep. paræn. ad Valerian — De contemptu mundi. — 2. Jer. II, 20.

habeis evocado las estrellas, ellas han acudido completamente radiosas, exclamando á una voz: *adsumus*, hémos aquí<sup>1</sup>. Cuando, del seno de nuestra humanidad, habeis llamado á vuestro Hijo encarnado, la verdadera estrella de la mañana, el sol del mediodia y que no se pondrá nunca, él os ha adorado diciendo: «Héme aquí,» *ecce venio*<sup>2</sup>. Quiero yo hacer cómo las estrellas y hablar cómo Jesus. Yo os llamo, todas mis potencias os llaman: *Héme aquí*, estoy pronto, vengo de vos, voy á vos, no pertenezco más que á vos y no quiero más que á vos. No tengo otro asunto, otro interés, otra necesidad, otro gusto que el de obedeceros y agradaros. Hablad, Señor, hablad, vuestro humilde servidor os escucha<sup>3</sup>. En adelante tendré mis dos ojos fijos en vuestras manos<sup>4</sup>, esperando la señal que por ellas me transmitiréis. Yo miraré á vuestros labios, labios sagrados y soberanos. Una palabra, un soplo que de ellos se escapará, es bastante. Yo me levantaré, yo correré, dichoso y feliz por serviros. Yo no digo: estoy á vuestra disposicion para esto, os obedeceré hasta allá. Vuestro dominio sobre mí no tiene limites; á excepcion de ser injusto, impio é insensato, qué limites pondré yo á mi sujecion? En donde acaba el derecho de mandar termina el derecho de obedecer; y verdaderamente si, por imposible, vos no tuviérais un derecho absoluto, yo querria daroslo, os suplicaria arrodillado que lo tomarais, y no me alejaria de vuestros pies antes de tener la prueba de que os habiais dignado escucharme.

Por consiguiente, oh Dios mio! siempre y en todas cosas, *hagáse segun tu palabra*. Yo sé esta palabra; vos no teneis mil, vos no teneis ciento; vos no teneis más que una sola, vuestro Verbo eterno y consustancial. Esta palabra os dice y nos dice. Expresion de vuestro ser, lo es de vuestros pensamientos que son los origenes y los fundamentos divinos de nuestro ser. Es por vuestra palabra que *todo há sido hecho*<sup>5</sup>; por ella tambien que todo há sido rehécho despues que háse encarnado y permanecido entre nosotros<sup>6</sup>. Esta pala-

1. Baruch. III, 33. — 2. Ps. XXXIX, 8. — 3. I. Reg. III, 20. — 4. Ps. CXXII, 2. — 5. Joan. I, 3. — 6. Joan. I, 14.

bra, óh! Dios mio, es Jesus. En él, yo la hé aprendido de vuestro apostol tán divinamente sabio en este misterio de Cristo<sup>1</sup>, en él vos nos habeis prédestinado, élegido, creado, amado, bendecido, justificado, santificado<sup>2</sup>. Esta palabra es por consiguiente nuestro ideal supremo, el ejemplo de nuestra vida, el principio que nos lleva, la ley que nos rige, la luz que nos guia, la gracia que nos protege, nos asiste y nos acompaña. Oh Dios mio! que *se haga segun vuestra palabra!* Decidme esta palabra de vida; decidla sobre mí, decidla en mí, y que obre en la medida que juzguéis bueno que lo haga. Que ella me penetre, que me llene, que me posea, me reforme y me transforme. Yo me entrego como á un fuego que debe purificarme y fundirme. Oh Dios mio! decidme, revelarme el Jesus que debo ser, es decir, el modo especial segun el cuál debo imitar, reproducir y progagar á Jesus; el puesto que debo ocupar en su cuerpo sagrado que es la Iglesia, el sentido que debe tener mi vida, la funcion que debe llenar y la obra que me dais á hacer.

Para entender bien esta santa palabra, oh Dios mio! inmediatamente y con alegría cerraré el oido á todo lo demás. Pero, es necesario en verdad? Ah! *á lo demás* que es la herejia, el error, la mentira, el mal, debo tener y tendré el oido cerrado inexorablemente. Pero, si se trata de *lo demás* que vos mismo habeis hecho, si se trata de vuestras obras, y de mis hermanas las criaturas, y de esta multitud de acontecimientos por medio de los cuáles conducis todo á su fin, lejos de desoir, prestaré grande atencion; y escucharé tán bien, con tanta atencion, piedad y fé estas voces que salen de todas partes, que comprenderé el verdadero sentido. El poeta antiguo ha dicho que hay lagrimas en las cosas<sup>3</sup>; San Pablo escribe *que toda criatura gime*<sup>4</sup>. Es igualmente cierto que toda criatura habla; y lo que ella dice en el fondo, es lo que Dios mismo dice, es el Verbo del Padre es Jesus. Este nombre,

1. Eph. III, — 2. Eph. I, 3 y 4.

3. Sunt lacrymæ rerum (VIRG.)

4. Rom. VIII, 22.

todo lo que contiene, todo lo que significa, todo lo que pide, me llega de todas partes, de la tierra, de los cielos, del mar, de todo lo que vive, y de todo lo que existe. La naturaleza entera, y esta vida que vuestro amor me há hecho, oh! Dios mio, no es más, para el ojo iluminado de mi corazón, que una madre atenta y celosa, que me grita en todos los instantes: Oh! hijo mio, *que no ceso de producirte hasta que Cristo esté completamente formado en ti*<sup>1</sup>! es decir, hasta que él te haya hecho *segun la palabra divina*. Pues bien, no haré ya ahora otra suplica, porque no podré formular otro deseo. Si, Dios mio! *hagase segun vuestra palabra*. Esta suplica es el beso que mi alma dá á su predestinacion eterna; es la formula y el nudo del contrato que me une á vos para siempre. Quiero vivir dando este beso y repitiendo esta formula; pido y quiero que, al exalar su ultimo aliento, mis labios la pronuncien tambien para hacerla subir hasta vos. Así sea.

### La invencion de la santa Cruz.

I. Historia de esta invencion. — II. Historia y legitimidad de la festividad instituida con este motivo.

La conversacion memorable que tuvieron juntos, una noche, nuestro Señor y Nicodemus, uno de los hombres más considerados entre los Judios, versa de una manera general, sobre cosas necesarias para la salvacion, y Nuestro Señor proclama, al terminar, que entre estas cosas, la más esencial y la más indispensable, es la muerte del Hijo del hombre, es decir, de Jesucristo mismo, en la cruz<sup>1</sup>. La Iglesia há por consiguiente, como siempre, obrado con una sabiduria completamente divina, élegiendo esta conversacion para hacer con ella el Evangelio de la

1. Galat. iv, 19.

presente festividad, en la que celebramos la invencion, es decir, el descubrimiento de la cruz sobre la cuál precisamente Nuestro Señor Jesucristo há dado su vida por la redencion del genero humano. Y porque la historia de este descubrimiento es tan interesante cómo instructiva, me propongo contarosla en sus principales circunstancias. Enseguida, os referiré igualmente, en pocas palabras, la historia de la festividad que há sido establecida en memoria de este descubrimiento ó invencion, porque estas dos palabras significan la misma cosa, y os probaré la legitimidad. Historia de la invencion de la santa Cruz, historia y legitimidad de la festividad instituida con este motivo, tales son, pues, yá la materia yá la division de la presente platica.

I. — *Historia de la invencion de la Santa Cruz*. — La palabra invencion viene de la palabra latina que quiere decir descubrimiento. — Es en este sentido que la Iglesia la emplea aquí para designar el descubrimiento de la Cruz de Nuestro Señor. Es tambien de esta misma palabra que se sirve para designar el descubrimiento de las reliquias de San Estevan, primer martir.

Luego, esta palabra de invencion de la Santa Cruz nos recuerda dos cosas: desde luego, que la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo habia estado oculta: despues, que há sido descubierta ó encontrada.

La Cruz de Nuestro Señor Jesucristo habia sido ocultada por los Judios, que la habian enterrado en su sepulcro, con las cruces de los dos ladrones crucificados á sus lados. Pero, para que los cristianos no pudiésen, en adelante, distinguirla de estas dos ultimas, habian despegado la inscripcion que habia hecho poner Pilatos, y que la hubiéra facilmente hecho reconocer. Así hacen los asesinos y los criminales de todo genero, que tienen el mayor cuidado en hacer desaparecer todo lo que pudiera, ó recordarles sus crímenes, ó ser invocado contra ellos cómo prueba de su maldad.

Sin embargo, los cristianos no dejaban de ir á este lugar sagrado, en dónde el cuerpo divino del Salvador habia descansado durante tres dias. Esta fué su primera perégrinacion. Allí, se afirmaban en